

El escritor extraterritorial y el cambio de lengua en el horizonte de la literatura contemporánea

*The extraterritorial writer and language
change on the horizon of contemporary
literature*

Profa. Dra. Silvia Cattoni

Silvia Cattoni es Doctora en Letras y Profesora Titular de Literatura Italiana y de Literatura Occidental Contemporánea de la UNC. Sus líneas de investigación se orientan a la literatura italiana y comparada, priorizando las relaciones entre la literatura argentina y la italiana.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2247-2565>

Contato: cattonisilvia@gmail.com

Recebido em: 31 de julho de 2025
Aceito em: 04 de setembro de 2025

DOI: 10.11606/issn.2317-9651.i31p473-493

Argentina

Palabras clave: Exilio;
Cambio de lengua; Escritor
extraterritorial; Lengua madre.

Keywords: Exile; Language
shift; Extraterritorial writer;
Mother tongue.

Resumen El presente trabajo tiene por objetivo presentar una serie de reflexiones vinculadas al cambio de lengua en el escritor extraterritorial, una de las manifestaciones más relevantes de las poéticas del plurilingüismo en el horizonte de la literatura contemporánea. Si bien su origen está vinculado a las múltiples situaciones de desplazamiento impulsadas por viajes, exilios, diásporas y migraciones iniciadas en el siglo XX y vigentes en el XXI, para que su manifestación se diera en forma clara, debieron modificarse las relaciones entre lengua, escritura y nación. Estos cambios muestran las nuevas relaciones que inaugura el siglo XX entre una lengua materna y el pueblo-nación en el que se inscribe y, como consecuencia de ello, la pérdida de la ilusión que todo hablante tiene de poseer su lengua de origen.

Abstract This paper aims to present a series of reflections related to language shift in the extraterritorial writer—one of the most relevant manifestations of plurilingual poetics in contemporary literature. Although its origin is tied to the multiple instances of displacement brought about by travel, exile, diasporas, and migrations beginning in the 20th century and continuing into the 21st, a clear manifestation of this phenomenon required a shift in the relationships between language, writing, and nationhood. These changes reveal the new dynamics introduced by the 20th century, between a mother tongue and the national community to which it belongs, and, as a consequence, call into question the speaker's presumed ownership of their native language.

I.

Este artículo propone una reflexión en torno a la figura del escritor extraterritorial y uno de sus rasgos poéticos más destacados: el cambio de lengua. Una figura que se definió con nitidez en el universalismo impulsado por la tradición moderna y que, en la actualidad, continúa ofreciendo distintos aspectos para su definición. De ahí que estas consideraciones no constituyan un cuerpo de conocimientos cerrado sino que sean más bien aproximaciones a un problema teórico relativamente nuevo, aún vigente en los contextos contemporáneos. La reducida perspectiva histórica que abarca este problema y la cada vez mayor variedad de casos que lo representan en el horizonte literario solo permiten algunas generalizaciones provisorias. En un mundo donde las comunicaciones, los viajes y las migraciones se hacen cada vez más frecuentes, el número de escritores que se desplazan y cambian de lengua es cada vez mayor, mientras que variadas son, también, las motivaciones que orientan ese cambio de lengua. En el marco de este amplio y heterogéneo horizonte pueden reconocerse ciertas particularidades que permiten pensar y analizar este fenómeno que, como un núcleo en expansión, entrelaza ideas, categorías y autores.

La consolidación del imperialismo, a comienzos del siglo XX, las dos guerras mundiales, los regímenes fascistas, las persecuciones raciales y los exterminios, y el neocapitalismo con sus inhumanos procesos de mundialización impulsaron, de un modo inédito y masivo, otras formas de vida caracterizadas por la movilidad, no solo de personas, sino también de ideas

y lenguas. La figura del escritor extraterritorial que pone en acto el fenómeno poético del cambio de lengua está vinculada, sin duda, a las múltiples situaciones de desplazamiento impulsadas por viajes, exilios y diásporas de los nuevos tiempos. Observando los numerosos casos de exilio social y político, pero sobre todo intelectual, Enzo Traverso señala que “algún día habrá que leer la literatura del siglo XX desde el prisma del exilio”. Los viajeros, exiliados y migrantes pusieron en marcha un tránsito de tradiciones y lenguas que complejizó las hasta ahora estables, configuraciones identitarias de los relatos nacionales. Como consecuencia de todos estos cambios, los desterrados tuvieron un protagonismo decisivo en el siglo XX. El exilio de los rusos blancos después de la revolución de octubre, el de los judíos alemanes que abandonaron Europa entre 1933 y 1938, el de los españoles republicanos obligados a dejar su país después de la Guerra Civil y las numerosas situaciones de migración que se reconocen desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días nos permiten reconocer la permanencia y continuidad del fenómeno del cambio de lengua y su particular impacto en la idea de literaturas nacionales.

En los contextos de producción propios de los desplazamientos se promueven particulares poéticas de la distancia. Tanto si en el país extranjero los escritores desplazados mantienen su lengua de origen como si la cambian por la lengua del país receptor, en ambos casos se plantea una particular condición de extrañamiento estético. Estamos ante una literatura nacional imaginada más allá de las fronteras nacionales o ante una literatura nueva producida por aquellos escritores que, a causa de su extraterritorialidad,

adoptan la lengua del país de adopción y, por tal situación, su escritura no logra encontrar un lugar definido dentro del sistema literario de esa lengua/nación. En esta extraña sensación de intemperie, que significa vivir fuera de la comunidad o de la lengua de origen o de ambas a la vez, se define el nuevo campo de relaciones entre territorio, lengua, escritura y nación en el que opera el escritor extraterritorial.

En el siglo XX, las migraciones consolidaron nuevas situaciones de desplazamiento que, como en el caso de los exilios, constituyen una experiencia existencial paradójica que permite sentir, al mismo tiempo, tanto pérdidas como ganancias. Una de esas ganancias está asociada al efecto de los desplazamientos lingüísticos, que no tardó en manifestarse en la literatura. El cambio de lengua, una de las consecuencias directas del desplazamiento territorial, implementó en el ámbito literario una nueva forma del plurilingüismo que impactó en los sistemas literarios nacionales modificando las hasta ahora, estables relaciones entre lengua y nación. Dejar atrás el lugar de origen supone, sin duda, un despojo sustancial. Según su propia experiencia, François Cheng (2024, p. 64) advierte que el exilio plantea siempre una dura condición entre la nostalgia del pasado y las difíciles exigencias del presente y, en esa intersección, pone de relieve que para el exiliado se trata de un sufrimiento mudo, propio de aquel que no posee más que un conocimiento rudimentario de la lengua del país de adopción y que, por tanto, a diferencia de los nativos, se encuentra condicionado a un comportamiento primario. Una experiencia de despojo radical que Adorno asocia a la “vida mutilada”, sin embargo, y aunque parezca contradictorio, esta

condición ofrece también como compensación un privilegio epistemológico. El privilegio que alcanza aquel que, extraño a una tierra, obtiene un particular punto de vista, una mirada oblicua propia de quien, libre de la costumbre, puede ver lo que otros no ven.

Lejos de la tierra y la lengua de origen, en esta nueva intemperie que no ofrece dispositivos de encauzamiento claros, el escritor descentrado experimenta una particular situación de orfandad. Expulsado de la dimensión histórica de la que su conocimiento extraía fuerzas y lejos de un entorno familiar confiable, su lengua queda desorientada. Steiner se refiere a ellos como escritores “extraterritoriales” o “escritores sin casa” (2000, p. 16). El desarraigo de una comunidad y una lengua supone una pérdida de difícil gestión; por eso, un escritor que decide escribir en una lengua extranjera se ve obligado a una doble vía de fuga. Si, como nos advierte Proust (2011, p. 285), la lengua literaria funciona dentro de la lengua general como una “lengua extranjera” – idea que Deleuze (Deleuze, 1980, p. 8-9) profundiza en sus *Didálogos* con Claire Parnet cuando dice que un escritor debe ser bilingüe dentro de su propia lengua –, los escritores que cambian de lengua son, asimismo, bilingües, porque el desplazamiento territorial los obliga a adoptar la lengua del país receptor. Por ello, el escritor “sin casa” es aquel que, con todas las dificultades que supone haber adoptado una segunda lengua, ha realizado, además, la operación de desterritorialización propia de todo escritor para ir más allá de los principios rectores de la lengua general, en este caso, la lengua adquirida, y crear dentro de ella una lengua menor que, con un fuerte coeficiente de hibridez, se reconoce como lengua literaria. Una

operación compleja y sofisticada, por cierto, en la que convergen la particular extrañeza que supone habitar una lengua ajena, encontrar en ella las fuerzas de la libertad que caracterizan la lengua literaria y tramar una nueva identidad dentro de un nuevo sistema simbólico.

Para el escritor extraterritorial, el cambio de lengua no deja de ser una operación ardua y, por tanto, riesgosa, entre otras cosas, porque escribir en una lengua ajena supone una práctica que involucra el deseo y el cuerpo. En cuanto al deseo, el escritor, en su necesidad de sentido, toma la palabra de la nueva lengua y nombra con ella el mundo, y en relación con el cuerpo, porque con esa nueva lengua define una nueva voz. De este modo, y abriéndose camino en un territorio muchas veces desconocido, el escritor bilingüe intenta hacer suyas las palabras ajenas que, aunque habladas por otros, se vuelven propias y hacen posible una nueva reconfiguración. Esta nueva voz, clarificada en una escritura balbuceante, es doblemente menor y, por tanto, periférica al sistema literario que la alberga. Adentrarse en un territorio nuevo, el de una lengua adquirida, no siempre brinda las garantías de significado e identidad suficientes que sí otorga la lengua de origen. Sin embargo, como explica acertadamente el escritor italiano Tommaso Landolfi, en *Diálogos de los máximos sistemas* (Landolfi, 1996, p. 68), escribir en una lengua de la que no se tiene total dominio obliga, muchas veces, a reemplazar las palabras que no se conocen bien con paráfrasis e imágenes, un ejercicio estético que enriquece la lengua con circunloquios, metáforas y neologismos, de tal suerte que ese balbuceo se vuelve fluido. El escritor extraterritorial actúa en un particular escenario de escritura, su voz resuena como un murmullo

dentro de un sistema literario que lo alberga y, en muchos casos, esta periferia le ofrece al sistema literario de llegada especiales caminos para la innovación. Y aunque el escritor extraterritorial pueda hacer propias las palabras, definir una voz dentro de la lengua de llegada y hasta reconocer en ella las reglas de invención y transgresión que posee esa lengua, cambiar de lengua supone, además, el riesgo de lograr ser él mismo dentro de ella; es decir, lograr el paso de un mundo a otro y nacer en ese nuevo mundo para poder ver, escuchar, amar y hasta hacer las cuentas con su propia memoria en esa lengua.

Como acertadamente señala Todorov (Todorov, 2008, p. 19), poseer más de una lengua es haber alcanzado una posibilidad difícil pero provechosa de pertenecer a dos culturas a la vez. También Adrián Bravi nos lo advierte a partir de su propia experiencia cuando, en *Le gelosie delle lingue* dice: “Passare di una lingua a un'altra significa porsi di fronte a un rischio. Non sempre si riesce nell'intento. Non si tratta di avere più o meno dimestichezza, o padronanza, quanto essere nella lingua, viverla e trasformarla dall'interno” (Bravi, 2016, p. 8). Para un escritor extraterritorial, nacer en otra lengua significa reescribir su vida en esa lengua, es decir, haber comprendido cómo esa lengua se inventa en él y le permite ser en ella. Un nacimiento que puede realizarse por la fuerza que cobran diversas motivaciones. La necesidad de comunicación que persiguió Conrad con el inglés es diferente a la ambición estética de Nabokov. La búsqueda de universalismo orienta el cosmopolitismo de Pound y de Wilcock hacia la lengua de Dante. El amor por W.H Auden lleva a Brodsky a dejar el ruso y adoptar el inglés, y la fascinación por la entera tradición francesa lleva a Bianciotti a abrazar la

lengua de Francia. La necesidad que sintió Beckett de ser más allá de Joyce cuando adoptó el francés. El sentimiento de hostilidad que Kristóf experimentaba ante la lengua enemiga, el francés, la lengua que borró el húngaro de su infancia y que muestra, una vez más, que nada ata más que el odio y el amor. En todos estos casos descubrimos que el escritor que cambia de lengua adquiere una nueva percepción del mundo y puede ofrecer de él una nueva imagen. Esta operación le permite tomar conciencia de que todas las lenguas son lenguas entre otras, una comprensión que pone varios mundos en contacto y descubre, en esas relaciones, las diferencias que hacen única cada lengua y, al mismo tiempo, es capaz de hacer oír una lengua en otra y poner en marcha, de esta forma, el juego de la traducción.

II.

La naturaleza diaspórica del escritor extraterritorial o desarraigado, consolidada en los marcos de desplazamiento del siglo XX, problematiza la noción de literatura nacional y, con ello, redefine la relación intrínseca entre lengua, territorio y nación. Dentro del sistema de ideas nacionalistas promovido por el Romanticismo, se destaca la figura del escritor arraigado, es decir, aquel que establece una relación intrínseca entre su lengua y el espíritu de un pueblo. Una correspondencia que se desplaza al Estado nación, acentúa el valor de la literatura nacional dentro de determinados límites territoriales y establece un vínculo íntegro con el lenguaje porque acepta su valor cognoscitivo.

En esta línea cobran relevancia las nociones de pueblo y genio que, directamente ligadas a la lengua nacional, estructuran el horizonte de la literatura romántica, que nacionalizó, en su proyecto político social, la cultura. Herder creyó encontrar en la lengua el principio identificador del pueblo y favoreció la idea de que el escritor, en tanto genio, podía alcanzar una intimidad especial con los ritmos de la lengua nacional y, además, vehiculizar a través de ella el espíritu de su pueblo o comunidad. La intrínseca relación entre lengua, pueblo y nación es una tríada que promueve la normalidad del monolingüismo y consolida la idea de dominio y posesión que un hablante nativo tiene sobre su lengua de origen, lo que constituye una operación política favorable a la jerarquización de naciones y a la imposición arbitraria de determinadas culturas sobre otras. Para que un escritor pudiera escribir en otra lengua que no fuera la propia, para que surgieran situaciones de plurilingüismo en sentido moderno, debieron transformarse determinadas condiciones de estabilidad lingüística que posibilitaron la desarticulación del paradigma romántico. Solo en el horizonte del universalismo y del cosmopolitismo que desplegó la tradición moderna en el siglo XX, y las nuevas formas de nomadismo propias de las sociedades contemporáneas pudo desarrollarse con considerable novedad la figura del escritor extraterritorial o desarraigado.

Las nuevas reflexiones filosóficas en relación con el lenguaje y sus posibilidades de representación, que caracterizaron el paso del siglo XIX al XX, permitieron una resignificación del modelo cultural romántico. La crisis del lenguaje, inscrita en el marco de la cultura europea de la *Décadence*, trajo

aparejada la renovación literaria de inicios del siglo XX. La confianza en el lenguaje que sostuvo el Romanticismo dio paso a su impugnación, inaugurando manifestaciones literarias ligadas al silencio o a la retracción de la palabra, cambios estéticos que se inscriben dentro de la “revolución del lenguaje”, es decir, una renovación radical de la relación del hombre con el *Logos* (Steiner, 2000). Sus orígenes coinciden con una serie de reformulaciones en relación con la estabilidad lingüística y la potencia del lenguaje para asegurar la relación palabra/mundo. Los principios escépticos de la filosofía del lenguaje de Fritz Mauthner son recogidos por el poeta austriaco Hugo Von Hofmannstahl en la célebre *Carta de Lord Chandos* (1902), fundamental pieza literaria que cuestiona el poder de la palabra como vehículo de conocimiento. En esa línea, desde la psicología, Freud también recela del valor absoluto del significado, mientras la literatura acude a recursos formales que dan cuenta de los límites de la palabra: las metáforas del silencio en Kafka y el lenguaje autorreferencial de Mallarmé, que lo repliegan sobre sí mismo imposibilitando su vínculo con el afuera. La derrota de la cultura humanista impulsó las búsquedas lingüísticas, filosóficas, psicológicas y poéticas que marcaron el paso de un siglo a otro; una crisis que colocó al lenguaje en el centro de las preocupaciones de la modernidad. De hecho, ningún otro siglo ha reflexionado tanto sobre el lenguaje como lo ha hecho el siglo XX, ni ha problematizado su capacidad de representación y, de este modo, socavado la confianza en su capacidad mimética.

Por otra parte, el nuevo siglo instaló un claro contexto de desplazamientos. Ya sea por la violencia política que obliga a los intelectuales al exilio, a las

diásporas y a las migraciones, o por los viajes que impulsan a los artistas modernos a la búsqueda de cosmopolitismo y universalismo cultural, el siglo XX favoreció notables modos de tránsito y desplazamiento que hicieron posible redefinir las relaciones entre lengua y nación. En este nuevo marco de relaciones, el flujo cultural posibilita que la literatura se desvincule de proyectos nacionales y, con ello, se refuerce en ella una perspectiva transaccional que, operando más allá de los sistemas literarios nacionales, favorece relaciones internacionales fluidas que, en muchos casos, problematizan la noción de literatura nacional. Una nueva red de relaciones literarias que propicia la circulación y recepción de la literatura en diferentes países y culturas, y afirma esta circulación a partir de la convicción de que “las influencias exteriores, lejos de ser fuente de corrupción son, a la vez, inevitables y provechosas para la evolución de la cultura” (Todorov, 2008, p. 17).

Así, pierde fuerza la idea de escritor arraigado a su literatura nacional en sentido total. La idea de que un idioma, como dice Ezra Pound – el máximo representante de la modernidad literaria –, “pueda albergar todas las formas y grados de la comprensión humana” (Pound, 1997, p. 29) parece más bien la falsa creencia de una comunidad empeñada, muchas veces, en mantener firmes en el presente los valores nacionales tradicionales originados en el pasado. En este nuevo escenario se instala, cada vez con más fuerza, la noción de una literatura concebida, también citando a Pound, “más allá del prejuicio de la nación”. La profusión de traducciones, los viajes, migraciones y exilios que caracterizaron el entramado cultural del siglo XX favorecieron nuevas maneras de vincular las nociones de territorio, lenguaje y escritura y

profundizaron el carácter internacional de la tradición moderna, cuyo rasgo distintivo es el plurilingüismo y el pluriculturalismo del texto literario en su búsqueda de universalidad. Desde entonces y de manera cada vez más evidente, las literaturas nacionales exhiben, con mayor notoriedad, operaciones transnacionales de interferencia que se llevan a cabo más allá de sus fronteras territoriales. La figura del intelectual desplazado es una de las que mejor caracteriza la nueva época y una de sus modulaciones es el escritor extraterritorial que, obligado muchas veces al exilio más radical, el de su propia lengua, favoreció, con la adopción de un nuevo idioma, una perspectiva transnacional que pudo tensionar los sistemas literarios nacionales y poner en valor el contacto entre culturas. Un número destacado de escritores que, motivados por diferentes tipos de desplazamientos, inscribieron su producción en una evidente zona de pasaje que problematiza en extremo la pertenencia a una tradición determinada, y, en muchos casos también, la pertenencia a una lengua.

El pluralismo lingüístico, una consecuencia de estas nuevas dinámicas que presenta el siglo XX, está en relación directa con un problema mayor que es la pérdida de centro o la carencia de patria ocasionada por los exilios, diásporas y migraciones. Pero también es resultado de una nueva conciencia del lenguaje que, lejos de entenderse como una costumbre social, está orientada a una reflexión profunda sobre la praxis artística. El dominio técnico y la eficacia, la precisión y la claridad del lenguaje posibilitaron dejar atrás los principios rectores de la literatura romántica. Liberado de estos principios, el escritor puede, en este nuevo contexto, orientar sus búsquedas estéticas en

los códigos estéticos propios del universalismo moderno que, como estrategia imaginativa eficaz, le permiten, entre otras posibilidades, reinventarse en una lengua ajena. Construirse en otra lengua no solo mostró nuevas formas de creación en el horizonte literario del siglo, sino que, además, evidenció que un poeta despojado de su lengua materna no es un artista acabado. Entendido como gesto literario que pone en duda el paradigma del arraigo y permite pensar la literatura como una estrategia de exilio permanente, el escritor que cambia de lengua inaugura una literatura del desplazamiento, es decir, nuevas formas estéticas concebidas a partir de las nuevas situaciones de *acosmia* (Traverso, 2004, p. 8) o *extraterritorialidad* (Steiner, 2000, p. 6). De aquí que los “escritores sin casa” puedan entenderse como un nuevo tipo de escritor que funda su espacio vital ya no en el territorio de una nación, sino en una geografía de lenguas. En este nuevo marco, el cambio de lengua que pone en acto el escritor desplazado no solo tensionó el concepto de literatura nacional, sino que también destacó el carácter extraterritorial del lenguaje. La extraterritorialidad y el plurilingüismo asumidos por el texto literario se vuelven una marca distintiva del paradigma moderno e invitan a configurar una nueva imagen del escritor que, asumiendo todo riesgo y seguro de su destreza técnica, se convierte en un maestro del lenguaje.

III.

Los exilios, las diásporas y las migraciones obligan a abandonar la tierra de los padres, a la pérdida del hogar, a la renuncia a la familiaridad de la

vida cotidiana, a la imposibilidad de la espontaneidad de los sentimientos y de la simplicidad de los gestos, pero, sobre todo, al despojo más radical: el de la propia lengua y, con ello, a la pérdida de una forma singular de ver el mundo a través de ella. En cualquiera de sus formas, los desplazamientos territoriales fuerzan a interactuar en una nueva comunidad lingüística y, en esa interacción, permiten descubrir nuevas lenguas y comprender que la lengua madre es una más entre otras. En estos contextos de pérdidas se reconoce también alguna ganancia: relativizar el monolingüismo.

Se nace en una lengua y, además en un espacio determinado. Esa lengua de origen está no solo vinculada a la madre, sino a toda una comunidad lingüística inscripta en un espacio geográfico. En esa relación, en la que históricamente se consolida una serie de valores tradicionales propios de Estado nación, se fija el sentido de pertenencia de un hablante a su comunidad. Son precisamente los valores políticos, sociales y culturales, tramados en esa comunidad de origen, los que permiten asociar una lengua a un territorio, es decir, a la patria, el espacio geográfico y simbólico donde confluyen la tradición de los padres y los ideales nacionales. Es, precisamente, en este conjunto de relaciones donde se inscribe también la literatura nacional, una formación histórica con una particular trayectoria utilizada por la sociedad y determinados poderes políticos para ciertos usos y funciones.

Ese núcleo primario que enmarca la infancia, el paisaje contemplado en los primeros años y nombrado en la lengua de origen y en el legado de los antepasados, configuran la subjetividad del escritor arraigado a su patria. Esa comunidad nacional de pertenencia es la que le proporciona

su identidad nacional. Una identidad colectiva ligada a las narrativas históricas y culturales que cohesionan la comunidad lingüística. Es que, si la patria es la tierra de los padres, el lugar en el que se dan los primeros pasos, y la lengua es un territorio simbólico en el que se otorga identidad y se establece un vínculo con el mundo, resulta casi natural asociar una lengua a un pueblo nación. Por ello, la lengua materna, transmitida por la madre, puede ligarse a la patria y en esta relación se origina la mística nacionalista de su literatura. Para que un escritor abandone esta condición y decida escribir en otra lengua, debe desnaturalizar el vínculo entre su lengua madre y su nación.

Si la lengua madre, la lengua primera, la que se escucha en el seno materno y otorga voz al ámbito familiar, marca el primer contacto con el mundo, se comprende que una de las dificultades más importantes que presentan los desplazamientos no sea solo vivir lejos de la tierra sino de la propia lengua. Esta lengua de origen, la que orienta el balbuceo inicial – ese acervo fonético ilimitado que le permitirá al recién nacido hablar cualquier lengua – a una lengua activa determinada, con su específico cuerpo gramatical y una precisa percepción de la realidad, permite construir un esquema inteligible capaz de captar el mundo. Con sus particularidades fónicas, gramaticales y expresivas, cada lengua construye un singular punto de vista desde el cual captar la realidad. Al respecto, Adrián Bravi señala que “Ogni lingua si porta dentro uno sguardo, una struttura del tempo; declina a modo suo il passato, il presente e il futuro, per cui in alcune lingue posso creare periodi e costruzioni che in altre lingue suonerebbero del tutto stonati, se non

incomprensibili (Bravi, 2016, p. 172). Por estas condiciones de adquisición y por el modo en que orienta su percepción original, cada hablante establece con su lengua de origen un sentimiento de intimidad único.

Barbara Cassin (2013), a partir de su propia experiencia plurilingüe, reflexiona sobre la naturaleza de la nostalgia, mostrando cómo la raíz de este sentimiento está más asociada a la lengua que a la tierra de origen. En su capítulo dedicado a Hannah Arendt tomando como base la entrevista “Zür person” realizada por Günter Gaus en 1964, explica cómo para Arendt su patria es la lengua. Para Arendt, una intelectual que vivió el rigor del exilio con extrema lucidez, la reflexión sobre la lengua madre se vuelve fundamental en el marco del desamparo y el despojo que significó su destierro. Plenamente consciente del valor que tenía el alemán, su lengua de origen, en su subjetividad, se negó a olvidarlo. En el horizonte del siglo XX, sus ideas se destacan porque especifican cómo no es el vínculo entre la lengua y el pueblo nación lo que vuelve materna una lengua. Contrariamente a la relación entre lengua y pueblo que se desprende del paradigma romántico, Arendt opera una disociación entre la lengua y el pueblo o la nación. Para ella, la lengua madre es parte de un hogar original arrebatado y el único bien que el desterrado puede llevarse consigo al exilio. Arendt descubre, a partir de su propia experiencia, que la lengua madre es tal no porque esté ligada a un conjunto de personas que conforman la nación, sino porque en ella el hablante puede, como en ninguna otra lengua, descubrir la posibilidad de creación que ese sistema simbólico de signos le ofrece para su realización. Una posibilidad performativa que le proporciona el alemán y

no el inglés. Su afirmación “después del exilio solo queda la lengua” destaca el valor autónomo de su lengua de origen respecto al pueblo/ nación. Por lacerantes que resulten las circunstancias que rodean todo destierro, Arendt mostró el carácter trashumante de una lengua y, con ello, la posibilidad de desarticular la intrínseca relación que la vincula a un determinado espacio geográfico y, asimismo, de demostrar que la cultura no está en un conjunto de personas sino en una lengua. La defensa que ella hizo de su lengua madre en el exilio le permitió poner en evidencia que el verdadero arraigo que una lengua materna tiene es en la memoria del hablante. Los poemas de la tradición literaria que operan en el fondo de su mente son una forma eficaz de volver al hogar arrebatado, es esa lengua, y no la tierra de los padres su verdadera patria. Su esfuerzo por conservar vivo el alemán fuera de Alemania fue su defensa, su forma de resistencia y su conjuro contra el olvido de la lengua madre en el exilio. Las reflexiones de Arendt sobre su lengua madre dejan claro que la lengua es parte de una cultura y, como tal, es una más entre tantas.

Inmerso en los procesos de desplazamiento geográfico, el escritor extraterritorial toma conciencia de que el exilio exige un nuevo nacimiento para construirse en una nueva lengua. A partir de su condición de *pied-noir*, Jacques Derrida reflexiona sobre su particular relación con la lengua francesa y con el árabe, y advierte que, aunque la lengua madre nos ofrece la ilusión de posesión, una lengua no pertenece. Habitamos la lengua madre, sin embargo, ella no nos pertenece. Esta es una de las principales tesis que Derrida sostiene en *El monolingüismo del otro* (2009). Su argumento “no

tengo más que una lengua y no es la mía” (2009, p. 39) permite comprender que, aunque con la lengua materna se construye una relación muy singular porque marca una huella, una incisión inicial que funda la manera de pensar y de vivir en ella, la idea de posesión es solo una ilusión, porque las lenguas no pertenecen, ni a un hablante ni a una nación. En realidad, es ella la que se realiza en el hablante quien, siguiendo las reglas de la invención de la lengua, permite que ésta se realice. Asimismo, decir que una lengua no pertenece quiere decir que, al hablar una lengua materna, el hablante es quien pertenece a ella, la lengua se realiza en quien la habla y si una lengua no pertenece supone que puede aprenderse. Pertenecer a una lengua habilita la invención, la creación, pero siempre es ella quien, a través de nosotros, no deja de crearse en múltiples formas porque la propia lengua es también lengua de otro.

Las reflexiones de Arendt y Derrida muestran los nuevos modos de relación que el siglo XX establece entre lengua, territorio y nación, relaciones que, en su gran mayoría, permiten entender por qué un escritor extraterritorial no es un ser mutilado. En estos nuevos contextos de desplazamientos territoriales, la nueva época muestra que, aunque abandonar la lengua propia y escribir en una lengua ajena no es simple, es una posibilidad cada vez más significativa y enriquecedora en el horizonte de la literatura contemporánea. Escribir en otra lengua coloca al escritor en la difícil tensión de habitar dos culturas, dos formas de estar en el mundo y hacerlo inteligible. Es esta una particular situación que ayuda a comprender la importancia pragmática y formal de la traducción en tanto práctica privilegiada para

impugnar toda pretensión de absoluto que persigue la engañosa seguridad del monolingüismo y mostrar que “todas las lenguas son lenguas *entre otras*” (Cassin, 2019, p. 15). Si bien el cambio de lengua es una poética de enriquecimiento porque evidencia que los desplazamientos territoriales pueden orientar proyectos de escritura, también es una manera privilegiada de obrar con la diferencia. La comprensión de que la lengua madre, esa lengua propia y singular, es una más en un conjunto de múltiples lenguas posibles, es una lengua entre otras, permite la posibilidad de nacer en una nueva lengua y, por tanto, en una nueva cultura. Este relativismo cultural en el que ingresa el escritor extraterritorial, habilitado por su praxis, es una de las tantas formas de privilegio epistemológico que permite experimentar la cultura como palimpsesto y definir un territorio lingüístico donde múltiples mundos resuenan unos en otros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Arendt, Hannah. Zür person (entrevista por Günter Gaus). Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=11FUbNdxJ_g&t=2019s. Acceso en: 30 jul. 2025.
- Adorno, Theodor W. *Minima Moralia*. Reflexiones desde la vida dañada. Madrid: Ediciones Akal, 2006.
- Bravi, Adrián. *La gelosia delle lingue*. Macerata: eum. edizioni università di Macerata, 2016.
- Cassin, Barbara. *La nostalgia*. ¿Cuándo es que por fin uno está en su hogar? Ulises, Eneas, Arendt. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Nueva Visión, 2014.
- Cassin, Barbara. *Más de una lengua*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

- Cassin, Barbara. *Elogio de la traducción*. Complicar el universal. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2016.
- Deleuze, Gilles; Parnet, Claire. *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 1980.
- Derrida, Jacques. *El monolingüismo del otro, o la prótesis del origen*. Buenos Aires: Manantial, 2009.
- Duarte, Pablo. *La lengua es un lugar*. Dieciséis voces cambian de idioma para explorar la literatura y la vida en contextos distintos. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Gris Tormenta, 2024.
- Guillén, Claudio. *Múltiples moradas*. Ensayo de literatura comparada. Barcelona: Tusquets Editores, 2007.
- Hofmannsthal, Hugo von. *Carta de Lord Chandos*. Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2012.
- Landolfi, Tommaso. *Dialogo dei massimi sistemi*. Milano: Adelphi, 1996.
- Pound, Ezra. *El ABC de la lectura*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1997.
- Proust, Marcel. *Contra Sainte-Beuve*. Buenos Aires: Losada, 2011.
- Steiner, George. *Extraterritorial*. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2000.
- Steiner, George. *Después de Babel*. Aspectos del lenguaje y la traducción. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Todorov, Tzvetan. *El hombre desplazado*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2008.
- Traverso, Enzo. *Cosmópolis*. Figuras del exilio judeo alemán. Ciudad de México: UNAM, 2004.